

Carmen Laforet
Siete novelas cortas



menos**cuarto**

© Herederos de Camen Laforet, 2010
© de esta edición, Menoscuarto [E. Cálamo, S. L.], 2021

1.ª edición en esta colección, agosto 2021

ISBN: 978-84-15740-71-1
Dep. Legal: P-141/2021

Diseño de colección: Echeve
Ilustración de cubierta: Jordan Whitfield | Unsplash
Corrección de pruebas: Beatriz Escudero

Impresión: Gráficas Zamart (Palencia)
Printed in Spain – Impreso en España

Edita: MENOSCUARTO EDICIONES
Pza. Cardenal Almaraz, 4 - 1.º F
34005 PALENCIA (España)
Tfno.: (+34) 979 701 250
correo@menoscuarto.es
www.menoscuarto.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Prólogo

ALVARO POMBO

Estas siete novelas cortas de Carmen Laforet que acabo de leer y que, según me dicen sus actuales editores, fueron escritas entre los años 1952 y 54, me han recordado la intensa emoción con que leí por primera vez —y muchas veces después en aquel tiempo— *Nada*. Creo que es pertinente recordar nuestras relaciones iniciales con los libros. Casi todo lo que hemos leído, lo hemos leído después de terminar nuestras carreras universitarias, a partir de los veintitantos. Son, sin embargo, los libros y poemas que leímos antes de esa fecha los que han quedado insumergidos en nuestra memoria. Los recordamos con solo activar un nombre propio o una frase. Así, el nombre de la protagonista de *Nada*, Andrea, el poema de Juan Ramón que precede al texto, y Román diciendo calmadamente de sí mismo: «Creo que he perdido el gusto por lo colosal. El tic-tac de mis relojes me despierta los sentidos más que el viento en los desfiladeros... Yo estoy cerrado». El colosalismo era una característica de la arquitectura oficial de entonces —recuérdese el Valle de los Caídos— y había un ademán colosal en la retórica autárquica de aquel primer franquismo. Cantábamos colosalmente: «Isabel y Fernando / El espíritu impera / Moriremos besando / La sagrada ban-

dera / Voy por rutas imperiales caminando hacia Dios». El contrapunto de esta actitud oficial, como señala José Luis Aranguren, fue precisamente el incipiente existencialismo de *Nada*. Creo que es oportuno, a efectos de esta introducción, recordar las palabras de José Luis Aranguren en su estudio literario titulado «El curso de la novela española contemporánea» (*Obras completas*, vol. 6, pág. 506). Dice Aranguren, al comparar *La familia de pascual Duarte* de Cela con *Nada*, que esta novela de 1945 fue muy importante desde el punto de vista de lo que le faltaba a Cela, compromiso con la realidad. Y añade: «Y en eso justamente, en el frescor de lo verdadero, en el temprano reconocimiento de la existencia de una nueva juventud, incluso en el título mismo como definición de lo que el inmediato pasado le había legado, frente a la huera fraseología oficial, es en lo que consistió su valor. Apareció, por otra parte, justo cuando tenía que aparecer, al terminar la guerra mundial y quedar desinflada con ella la retórica política hasta entonces al uso; y en el momento en que empezó a saberse entre nosotros algo del recién estrenado existencialismo, al que el título hacía discreta referencia, sin que por eso pesase sobre el libro pretensión filosófica alguna». Si deseamos emplear un lenguaje más próximo a nosotros, diríamos que todas las novelas de Carmen Laforet, pero en especial estas siete novelas cortas, son relatos de la vida dañada, en la expresión de Theodor Adorno. Tanto el tono neorrealista de estos siete relatos, como lo relatado en ellos, muestran una España empequeñecida y, sobre todo, dañada. Lo borroso, lo confuso, lo fragmentario, no solo es la realidad española, ni solo las ideas que los españoles de entonces se hacían de sí mismos, sino también el sistema general de los valores, en

particular el de lo que estaba bien y estaba mal, lo que se aceptaba como bueno y como malo en aquella época.

La posguerra es el lugar de estas siete novelas. Y debe entenderse la posguerra española en estos relatos muy aristóticamente como el primer límite inmóvil de lo circunscriptivo. La posguerra que circunscribe y es circunstancia de todos los personajes, incluida la propia narradora, es también el primer definitivo límite inmóvil de la invención narrativa de Carmen Laforet. Parece haber solo una salida, una deslimitación del límite inmóvil: el amor y la acción recta. O la acción buena frente a la acción tramposa o cutre o, positivamente, estrechamente malvada. Y es interesante ver cómo Laforet trata en estos relatos de hacer salir el bien, la acción luminosa y recta, del núcleo de lo más cotidiano, trivial y ramplón. Es, entre otros, el tema de la bondad verdadera de algunas beatas. La bondad que resplandece débilmente, resplandece gradualmente en estas siete novelas, hay una modulación distinta de este asunto en cada una de ellas.

«El piano» es un curioso relato, muy bien ambientado, en la invasiva pobreza de la posguerra, en los barrios-dormitorio que ya empezaban a crecer, en el cual la bondad, la acción buena parece coincidir con una cierta voluntad de dejación, de abandono, un cierto quietismo por usar la palabra que consagró brillantemente Miguel de Molinos. En el capítulo tercero tenemos la descripción de un amanecer venturoso, Rosa despierta en la madrugada, presiente el calor estival en los chillidos de las golondrinas que entran por la ventana de par en par, duerme a su lado, en paz, Rafael, su marido. «Rafael deseaba ser rico y famoso un día y a ello parecía consagrar su vida... Y Rosa le decía que nadie más capacitado

que él para serlo; pero al mismo tiempo le acostumbraba a la oscura felicidad de ser pobre, a la beata felicidad de pasar oscuro e ignorado por la existencia.» Rosa está integrada en la ciudad secular, las golondrinas se vuelven frenéticas en la ventana de tanta luz. En el piso de al lado, al otro lado de un ligero tabique, desayuna una familia... «Era el ruido de todos los días, la vida de todos los días, conmoviendo la pequeña casita, y sin embargo resonaba distinto en el corazón, tenía un sonido distinto, un ritmo nuevo.» Es la vida nueva de la mujer nueva, de la mujer pobre adrede que ha entrevisto la dignidad y la gracia de la kénosis, el vaciamiento, frente a los atractivos de la fama o la soberbia de la vida. Yo, personalmente, puedo simpatizar con esta Rosa que vende su piano para tener algo de dinero de bolsillo e irse de vacaciones. Comprendo esta sensibilidad de Rosa, que «en su alegre pobreza juvenil fue muy feliz». «Hay dos clases de pobres —pensaba Rosa aquella mañana al comenzar su vacación, mientras un autobús la iba llevando al centro de la ciudad—, los pobres que lo son a la fuerza y los que, como nosotros, estamos encantados de serlo, de sentirnos libres siéndolo, los pobres de espíritu.» La bienaventuranza correspondiente, como todos los lectores saben, que la propia Laforet cita es: Bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos es el Reino de los Cielos. Aquí tenemos una versión de la peculiar actitud espiritual de Carmen Laforet en esos años de *La mujer nueva*. Se trata, quizá en vano, de lograr que las vidas del matrimonio y su hijo transcurran en la divina paz y divina generosidad que les da la pobreza. Es un elogio de la pobreza. Un elogio —debo añadir— preconiliar de la pobreza, que apunta sin embargo a la noción de los pobres como «vicarios de Cristo». A mí

personalmente me cuesta trabajo ahora remontarme a este ideal ascético preconiliar, católico, hacia el que parece que Carmen Laforet se encamina en estos relatos. Echo de menos el empecatamiento, la falta de trascendencia que era tema de sus dos primeras novelas, pero a la vez me reconozco muy *laforetiano* yo mismo mientras leo estas novelas breves. Me encuentro en sintonía con esa Carmen Laforet, jovencísima aún y ya novelista célebre, que desea entender ese tinglado vacío, ese exoesqueleto que es la Iglesia católica. Ahora me parece que Carmen Laforet se equivocó fatalmente al tratar de buscar el significado religioso del catolicismo como institución en vez de concentrarse en algo para lo cual, sin duda, estaba mucho más dotada: centrarse en el catolicismo como parte de la experiencia cristiana, con particular énfasis en el concepto de experiencia.

Como el lector de este prólogo habrá advertido ya, yo no soy un imparcial lector de Carmen Laforet, ni mucho menos un crítico literario objetivo o un historiador de la literatura. Los libros de Carmen Laforet forman parte, junto con la obra de José Luis Aranguren o las novelas de Graham Greene o los poemas de José María Valverde, de una experiencia literaria juvenil que se ha quedado ahí y que es ya inseparable de mi propia experiencia literaria. Así es que este prólogo es, en gran medida, un relato autobiográfico.

En contraste con este mundo de voluntad de comprensión cristiana, está el relato que elogiaba Gerald Brenan —que lo consideraba el mejor de la colección—: «El noviazgo». Se trata de una historia de resentimiento. El jefe de Alicia, que ha llegado a la vejez, se siente un anciano achacoso y tira los tejos a su secretaria, que ha estado secretamente enamora-

da de él toda la vida. Finalmente, el jefe le declara su amor. «Alicia se sintió herida. Estaba bien segura de que De Arco no ignoraba el amor que durante años y años gastó inútil, silenciosa y abnegadamente en él; hay cosas imposibles de ocultar. Pero cualquier referencia a aquello, a la señorita Alicia le dolía como una bofetada.» Alicia siente latir desacompañado su corazón en un principio. «Pero algo duro, frío, sustituye a la impresión primera.» Es interesante el enquistamiento afectivo de Alicia a lo largo de los años. De puro querer parecerse a las hadas de los cuentos, Alicia fue resultando —nos dice Laforet— un poco anacrónica para la vida corriente. Todo este retrato está muy bien hecho. Desde el momento en que el jefe le pide su mano a Alicia, ella siente una transvaloración de sus valores, como se impone una náusea. En esa náusea, descubre que su jefe solo desea, una vez más, servirse de ella. El aborrecimiento que siente por su jefe le hace sentirse angustiada. De pronto, toda la relación se transforma en pocas páginas en lo que de verdad ha habido siempre: en odio.

Leo con emoción estas siete novelas de Carmen Laforet. Imagino a la autora preocupada por sacar adelante, tras su éxito narrativo inicial, y tras *La mujer nueva*, su nueva vida y su nueva narrativa. Echo de menos la desenvoltura inicial, como si la posguerra, con su realismo, su pragmatismo, la dificultad de ver más allá de nuestras narices, impregnara no solo a los personajes de estos relatos sino también a la voz narrativa. Este retrato de un mundo gris desde lo gris, está cruzado —una y otra vez— como el vuelo rasante de los vencejos en verano, por la espléndida imaginación sensorial de todos los relatos de Carmen Laforet. Recuerdo cómo lavarse o bañarse o ducharse en *Nada* o en *La mujer nueva*, y también en estas

novelas, me hacían percibir el pegajoso calor del verano madrileño, el tortuoso mundo de la calle de Aribau. Yo, personalmente, aprendí muchísimo de la prosa de Carmen Laforet. Aprendí, por ejemplo, a narrar desde mis propias emociones corporales y a hacer del paisaje, urbano o campestre, parte esencial del relato. No un escenario donde la historia transcurre sino un personaje más, que transcurre con el transcurso de lo narrado. En nombre de lo que aprendí entonces con Carmen Laforet, y que no he olvidado, he leído con emoción estas siete novelas y he recordado mi juventud preliteraria y la voz inconfundible de Carmen Laforet, narradora.